

Literatura

Tentativa
de agotar
el bar ParísRelato. **Marc Caellas**

ILUSTRACIÓN: MIKEL CASAL

Viernes 11

Desde mi mesa veo la televisión donde, ahora mismo, un hombre sopla una vela.

Desde mi mesa veo la calle donde, ahora mismo, un señor saca un papel del bolsillo. Tras observarlo con detalle, hace una bola y lo lanza al suelo.

Desde mi mesa veo toda la barra, donde ahora mismo, no hay nadie. Cuento hasta ocho taburetes, tres de ellos con respaldo. Detrás de la barra dos camareros conversan. Detrás de ellos, varias estanterías donde, colocadas estratégicamente entre las botellas, reposan reproducciones de la torre Eiffel, de varios tamaños. Delante de la barra, ahora, un hombre pide un café. Cortado, por favor. Detrás mío, sentados frente a frente, una pareja de treintañeros comparten una tapa de croquetas. Conversan y ríen en inglés. Me giro justo cuando ella le enseña unas fotos que tiene archivadas en su teléfono. "She is nice", dice él. Ella es extranjera, él no, aunque su inglés es bastante aceptable, como si hubiera estudiado en Londres.

Desde mi mesa asisto al preciso momento en que un hombre de raza negra entra con un casco colgando de su codo izquierdo. Antes de sentarse, en la esquina de la barra, pide un té. ¿Té verde, rojo, negro? Rojo, por favor.

Desde mi mesa escucho la música que suena desde unos altavoces colocados a buena altura y a un volumen prudente. Es música instrumental, distingo una trompeta, un teclado y una batería.

Desde mi mesa observo que en todas las mesas hay una carta, plastificada, con los productos que se ofrecen. En la contraportada de la carta me fijo en una fotografía en blanco y negro con una leyenda que asegura que el bar fue fundado en 1935. Los dos platos más caros de la carta son el pulpo a la gallega y las gambas al ajillo. Ambos cuestan doce euros. El más barato es el muslito de cangrejo. Cuesta un euro.

Desde mi mesa observo como entra un hombre con una marcada cojera. Antes de sentarse agarra los periódicos, tres, y las revistas, dos, disponibles en el bar. Le cuesta un esfuerzo considerable sentarse. Pide pulpo a la plancha y una cerveza.

Viernes 18

Desde mi mesa veo la puerta de entrada de cristal. El marco es de madera y sobre su superficie se añadió un cartel de plástico de color verde con unas letras blancas en las que leo SALIDA.

Desde mi mesa veo las dos máquinas tragaperras colocadas justo a la derecha de la puerta. La de la izquierda es La perla del Caribe y en su pantalla se suceden palmeras, aguas cristalinas y peces de colores. Alrededor de la pantalla una indígena sonríe de lado. Falda corta, la parte de arriba de un bikini y un

papagayo a modo de sombrero completan su "caribeño" atuendo. La de la derecha es la Chitwe Rocks y sus protagonistas parecen contemporáneos de los Picapiedra.

Desde mi mesa pienso que ni el trópico ni los dibujos animados tienen, a priori, mucho que ver con la ludopatía. Quizás ambos imaginarios nos remiten a placeres sin culpa: unas vacaciones en la playa, una tarde viendo dibujos animados, unas monedas invertidas en un juego de azar. Un escapismo aparentemente inocuo.

Desde mi mesa observo la poca pericia con que un camarero barre el suelo.

Desde mi mesa veo llegar a otro camarero. Atraviesa los quince metros que separan la puerta de entrada de lo que supongo es un vestuario con el casco de la moto puesto, como si el caso fuera un elemento de vestuario como una chaqueta o una bufanda.

Desde mi mesa veo como una señora de unos cuarenta y tantos años besa a un señor de edad parecida en un lugar impreciso entre el inicio de la patilla y el final de la oreja. Es un beso cariñoso.

Desde mi mesa escucho una conversación de la barra. Una señora que parece la encargada asegura desconocer que hoy hay huelga de taxis. Colorete en los pómulos, pendientes en las orejas, un collar que no parece bisutería, debe ser la encargada, me digo a mí mismo.

Desde mi mesa diviso una pizarra con el logo de la marca Martini en la que, escrito en tiza blanca, se anuncian los siguientes productos: martini, anchoas, boquerones, olivas, chips, bravas, croquetas. Uno debajo del otro.

Desde mi mesa veo entrar a un grupo de tres milenials, posiblemente guiris, posiblemente también algo despistados o aburridos o atontados.

Desde mi mesa reparo en que hace un buen rato que Josep Borrell está hablando en la televisión. La combinación del porte distinguido que caracteriza al actual ministro de exteriores con el sonido de la voz de Shakira que surge del hilo musical sumado a unos subtítulos para sordos que mencionan a Marruecos crea tal nivel de confusión que me hace pensar que hoy el medio ya no es el mensaje.

Desde mi mesa pienso si es necesario colocar un letrero con la palabra EXTINTOR encima del propio objeto extintor. Pienso entonces que sería divertido un bar que aplicara este criterio a todos los objetos y colocara carteles con las palabras MESA, SILLA, BOTELLA, CENICERO y demás.

Desde mi mesa escucho al camarero decir: "María, falta el de tortilla". María se limpia las manos, agarra una mini barra de pan, la corta por la mitad con el cuchillo, la untta de tomate, le coloca encima un pedazo de tortilla y coloca las dos mitades abiertas en la parrilla.

Desde mi mesa me escucho a mí mismo decir: "La cuenta, por favor".